



Homilía en la Ordenación de diáconos de Sergio Moreno Ruiz, Pedro Antonio Lozano Ramírez y Javier Ramírez Fernández

Santa Iglesia Catedral (19 de mayo de 2012)

Sr. Deán, Sres. Vicarios, Sr. Rector del Seminario, Formadores, Seminaristas; familiares y amigos;

El Señor nos ha reunido en esta Santa Iglesia Catedral para celebrar la ordenación diaconal de nuestros hermanos Sergio, Javier y Pedro. Con ellos nos alegramos y por ellos oramos al Señor unidos a toda nuestra Iglesia diocesana.

Y Lo primero que hemos de hacer es dar gracias a Dios por el don de vuestra vocación al ministerio ordenado, que es un auténtico y precioso regalo del Espíritu a su Iglesia. Damos gracias a Dios, que os ha cuidado durante estos años de maduración de la vocación; le damos gracias por vuestro corazón generoso y agradecido, que os ha ayudado a superar dificultades.

Agradecemos el servicio que os han prestado muchas personas: los formadores del Seminario, los profesores; los compañeros; los sacerdotes y religiosas, que os acompañan esta mañana; la familia y amigos que os quieren. Por todo ello bendecimos a Dios que una vez más se muestra grande y generoso para con esta Iglesia suya de Asidonia-Jerez, y, en ella, para toda la Iglesia universal.

La palabra proclamada ha comenzado diciendo por boca del profeta Jeremías: me sedujiste Señor, fuiste más fuerte que yo y me venciste. Es decir, la iniciativa parte de Dios y por ello vuestra ordenación además de recordarnos que no hemos sido nosotros los que lo hemos elegido a Él, sino todo lo contrario, nos hace también presente a todos que ha sido el Señor quien nos ha amado primero y ha salido a nuestro encuentro.

Podemos decir que ha habido, hay y lo seguirá habiendo un empeño del Señor para hacernos instrumentos de su amor en el mundo. Y es contemplar este amor lo que nos mueve a la humildad que brota de esa palabra de Jeremías: me sedujiste Señor y te doy gracias por ello, pues tantas veces he estado ciego para ver tu amor y para ver la confianza que depositas en mí, llamándome a ejercer el ministerio del Orden.

Todo este amor de Dios se manifestará en la liturgia de ordenación. Así mediante la imposición de mis manos y la oración consagratória, el Señor derramará sobre vosotros su Espíritu Santo y os consagrará diáconos que no es más que convertir, como ha dicho San Pablo, vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. Participaréis así de los dones y del ministerio que los Apóstoles recibieron del Señor y seréis en la Iglesia y en el mundo signo e instrumento de Cristo, que no vino "para ser servido sino para servir". Por tanto, recibiréis el diaconado para servir a los hombres, haciéndoos portadores de la salvación de Cristo.

Al mismo tiempo la imposición de manos os convierte por la acción del Espíritu Santo en un regalo de Dios para su Pueblo Santo. Por ello, a partir de ese momento, ya no os pertenecéis a vosotros mismos, ni a vuestra familia, ni a vuestro pueblo, ni a vuestros amigos; aunque esta consagración de ningún modo rompe los lazos familiares ni se opone a los vínculos de una sana amistad. A partir

de ese momento, seréis sólo propiedad de Dios para su Iglesia, don del Señor para su Pueblo; y sólo Dios será la parte de vuestra herencia.

Participaréis de modo especial en esa misión de servicio incondicional, hasta el extremo, de Jesús; y estáis llamados a servir a Cristo, a su Iglesia y a los hermanos, sin poner condiciones de tiempo, de lugar o de tarea a la propia dedicación, en plena disponibilidad a Dios y a los hermanos, en total obediencia a la Iglesia y al Obispo. Un servicio que, cuando recibáis la ordenación sacerdotal, se hará aún más exigente y necesitará que toda vuestra vida -energías, tiempo y deseos- sea puesta al servicio de la salvación del mundo.

Eso es lo que se significa en la promesa solemne de guardar el celibato durante toda la vida, aunque parezca extraño e innecesario para muchos dentro y fuera de la Iglesia. No os convertís con el celibato en solteros, sino en hombres plenamente comprometidos con un amor como el de Cristo, en favor de vuestros hermanos.

Por ello cada célibe por el Reino de los cielos ha de mostrarse como un esposo enamorado, que se ha comprometido con la Iglesia para dar vida, para engendrar, educar y hacer crecer vidas. Cada célibe ha de manifestar en su ministerio que, como el Maestro, también él vive para que otros tengan vida y la tengan en abundancia. Es decir, nos señala el camino indicado por Cristo de ponernos enteramente al servicio de todos: ir muriendo a vosotros mismos.

Y este morir con Cristo y por Cristo se simboliza plásticamente en el rito de la postración, que haréis a continuación.

Así con el Beato Juan Pablo II, podemos decir que:

"El que se prepara para recibir la sagrada Ordenación se postra con todo el cuerpo y apoya la frente sobre el pavimento del templo, manifestando con esto su completa disponibilidad para tomar el ministerio que se le confía (...). En ese yacer por tierra en forma de cruz antes de la Ordenación, acogiendo en la propia vida -como Pablo- la cruz de Cristo y haciéndose con el Apóstol 'pavimento' para los hermanos está el sentido más profundo de toda espiritualidad sacerdotal".

Y para recorrer ese nuevo camino que abre el Señor en nuestra vida San Pablo nos da la clave para que sea un auténtico camino de plenitud:

"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta".

Debéis, en definitiva, descubrir aún más la belleza de la Cruz de Cristo que no es más que vivir con la sencillez de la paloma, es decir, la humildad de sentirnos necesitados de Dios en cada momento y la astucia de la serpiente que no es más que el empeño de defender en nuestro corazón la cabeza que es Cristo.

Es esto lo que ha recordado el Papa Benedicto a los sacerdotes del Colegio Español de Roma en su reciente encuentro donde afirmaba que

«el sacerdote renueva su vida y saca fuerzas para su ministerio de la contemplación de la divina Palabra y del diálogo intenso con el Señor».

Por este motivo, el sacerdote «es consciente de que no podrá llevar a Cristo a sus hermanos, si no lo descubre antes en la oración ferviente y constante. Es necesario fomentar el trato personal con Aquel al que después se anuncia, celebra y comunica. Aquí está el fundamento de la espiritualidad sacerdotal».

Por último, ante tan gran misión que os otorga el Señor con el ministerio diaconal hay que evitar mirarnos a nosotros mismos, ya que ello sólo nos llevaría como a Pedro a hundirnos en las aguas del mar, pues sólo con los ojos fijos en el Señor podemos caminar sobre las aguas. Y es este todo el sentido de este sacramento del Orden en el que recibiréis la gracia divina, que es la que hará

posible la absoluta dedicación a los otros por amor de Cristo; y además os ayudará a amarla y a buscarla con toda la fuerza.

Es el Espíritu el que os concederá ser capaces de tomar la propia vida, la vida entera, en las propias manos y, por amor y con amor, ponerla a disposición de quien la pueda necesitar. Es ésa la auténtica libertad: hacerse esclavo unos de otros por amor; libertad que sólo Dios puede inspirar y verificar, pues sólo Cristo nos puede dar esa libertad. Esto será el mejor modo de prepararos para recibir la ordenación sacerdotal: servir, en efecto, es un ejercicio infatigable y fecundo de caridad.

En definitiva para ser servidores hemos de tener un corazón fuertemente arraigado en Cristo y para ello nada mejor que ser hombres de oración, sobre todo en la Liturgia de las Horas, que ahora ya es compromiso ministerial para vosotros. Y hombres de la Palabra que como nos decía la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*: “los aspirantes al sacerdocio ministerial están llamados a una profunda relación personal con la Palabra de Dios”, que no sólo tiene como fin alimentarnos a nosotros, sino que es además es misión, es evangelización:

“la Palabra no sólo nos concierne como destinatarios de la revelación divina, sino también como sus anunciadores. No nos podemos quedar para nosotros las palabras de vida eterna que hemos recibido en el encuentro con ella” (VD 91)

Pues bien, hermanos, os encomendamos a la Santísima Virgen para que este periodo del diaconado sea un noviciado cotidiano en el que aprendáis a conocer a fondo el corazón de Cristo y de ese modo podáis imitarle a lo largo de toda vuestra vida, en el ejercicio del ministerio, en la caridad pastoral.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez